

## HOTEL LA VICTORIA

Vivía en *La Victoria* de la calle Hipólito Irigoyen, un hotel situado en el barrio de Once, con árboles añosos que ensombrecían la cuadra, a trescientos metros de la estación de ferrocarril y la plaza Miserere, donde se reunía gente de diversa calaña. La pensión miserable olía a humedad y pis de gato, incluso, los propios inquilinos estábamos impregnados de ese tufo. Tarde o temprano, alguno sufrió una falla respiratoria gracias a la falta de aire.

Clarita, la dueña, tenía la piel salpicada de pelos y barritos, dos ojos deslumbrados como sapos y un lunar grasiento en la barbilla. Se sentía una reina porque era dueña y señora de aquel lugar mugriento, frente al edificio del Ejército de Salvación. Creo que por eso se sentía superior.

Era vieja, y lucía lo que era: una anciana rasposa con olor a arenques que se cubría con una frazada los hombros y caminaba arrastrando los pasos, mientras perdía la mirada en el más allá.

Las habitaciones del hotel tenían ventanas diminutas que daban al paredón del mercado (donde los feriantes acumulaban cajones junto a las bolsas con desperdicios), y estaban amobladas con un catre incómodo, un ropero de una única puerta, una mesa cuadrada y una silla de paja.

El vejstorio ofrecía cenar toda clase de porquerías que preparaba convencida que con esos menjunjes sus pensionistas, nos llenaríamos el estómago y ella el bolsillo, aunque todo lo que servía tenía gusto a podrido.

Al principio la odiaba, me parecía detestable. Pero por aquél tiempo, no tenía un centavo para vivir en un lugar mejor. Algunas noches, cuando me sentaba a fumar en el pequeño recibidor, se acercaba por detrás a espiar qué

hacía. La miraba con fastidio. Era igual que tener una mosca revoloteando. Un vaho a decrepito lo irrumpía todo. Insisto con el asunto del olor denso y acre, (que también se deslizaba como moco hasta la rejilla de un oscuro patio interior invadido por una enredadera cubierta de moho), porque afectó mi olfato el resto de mi vida. El caso es que aparecía con su silueta de rata agazapada, la cara envuelta en sombras, y con la voz raspada y aliento fétido preguntaba estupideces. Creo que lo hacía porque tenía miedo de estar sola. *No hay nada peor que no saber qué hacer con uno mismo.*

Con el tiempo terminó por darme lástima. Hasta le tomé una pizca de aprecio, mejor dicho, me acostumbré, se convirtió en parte de mi familia. Yo familia no tengo. Murieron en un choque, cuando la camioneta en que viajábamos mordió el borde de la banquina y se precipitó a la laguna Chis Chis, a la altura de Chascomús, camino a Mar del Plata. El único que se salvó fui yo y sucedió hace cuarenta años... Prefiero hablar de Clarita.

Un día rocé su mano. Quería que aflojara la histeria. Siempre me enfadaron las mujeres histéricas y más aún, viejas. Allí empezó todo, y puedo garantizar que se sintió a gusto. Me di cuenta enseguida, porque le cambió el color ceniza de los ojos, se recogió el pelo y me ofreció un anís, que acepté. Ese día estaba de mal humor porque Victorio, el diariero de la otra cuadra, se había negado a prestarme diez pesos. Siempre pensé que era un avaro, un mal bicho, pero ahí lo confirmé, a pesar que en el bar se llenaba la boca diciendo que era mi amigo.

El caso es que Clarita me invitó a su pieza y sacó la botella de Ocho Hermanos del cajón de los zapatos. Aún con aquél insignificante cambio de actitud, su conversación sonó a crítica ruidosa y superflua, como si sólo

abrigaba deseos de venganza. En vez de replicar en forma dura, opté por no responder, pues el mundo está lleno de gente díscola y prefiero resistir las provocaciones gratuitas. *Sin duda, el trato desconsiderado se propaga como una epidemia de gripe.*

Sin embargo, la solterona insistió con sus rarezas hasta que me harté de sus pensamientos retorcidos y le dije que me iba del hotel.

Posiblemente a nadie le pase por la cabeza que *alguien* pueda ser feliz con el último de los hombres. A Clarita sí. Bastó la amenaza para que dejara de blasfemar y con palabras apretadas me dijo al oído: —Te esperé toda la vida.

¡Tan luego a mí!... Un espécimen solitario y para colmo feo, sin gracia, que luchaba con todas sus fuerzas para pasar desapercibido en el mundo: *Porque estoy convencido, que la vida es vulgar y puta.*

Siempre creí que no se cruzó en mi camino por pura coincidencia, sino que elaboró un plan para condenarme. A pesar de ello, conservo buenos recuerdos, a mi manera, claro...

Una noche me invitó con otra copita de anís. Se puso cariñosa y me pidió que la ayudara a cambiar de lugar los muebles del hotel para que se viera más confortable. Habló de su soledad, de su alma desierta y que con un hombre a su lado podría revertir el valor de su desamparo. No escuché, simplemente oí su voz aplastada machacando en mis oídos toda una retahíla de argumentos que me tenían sin cuidado.

Por más inexplicable que parezca se enamoró de mí. Me di cuenta cuando mencionó, varias veces, que dejó de sentir que estaba muerta.

Los domingos veíamos televisión hasta que nos saltaban los ojos. Traía comida para que me sintiera confortado, (más pesado que feliz) y no pudiera

moverme de su lado. Un gran agujero se abría en la pared y quedábamos por horas petrificados mirando cualquier basura que televisaran por canal siete, que era la única estación que se podía ver nítida.

*Ahora que lo pienso... tal vez, todo empezó ahí... con ese rito miserable.*

Tiempo después, me propuso asociarnos para sembrar las bases de un “asentamiento sustentable”. Jajajá... Recalcó (varias veces) que había descubierto en mí un espíritu inteligente, una gran imaginación para los negocios. Cuando acabó con la perorata esbocé una mueca socarrona y pensé que era poco lo que tenía que perder. Le pregunté cuánto me tocaba de todo eso. Me pasó las manos por el cuello, y percibí su excitación porque las tenía húmedas y el rostro inundado de ansiedad. No quedaron dudas. Me necesitaba aunque fuera un vago, un don nadie, un crápula... Escuchó mis planes, (cada vez más abyectos) con gran interés, a pesar que eran un montón de basura.

No voy a relatar los pormenores porque no tiene importancia. Confieso que por un tiempo me encontré a gusto con la vieja. Se hallaba emocionalmente desequilibrada y esa fue mi primera ventaja. Estaba tan sugestionada conmigo que puso el hotel a mi nombre, toda su propiedad, el único bien que poseía. El viernes siguiente subimos a un taxi y fuimos al despacho de un escribano y sin más trámite cambió el título del inmueble. Cuando salimos de la oficina me invitó a festejar con una cerveza.

*Me arriesgo a creer que en ese acto se comprometió hasta que la muerte nos separara.*

Vestía un traje marrón horrible, que la hacía gorda y más antigua, pero aún así, conservo un buen recuerdo de esa tarde. Fui feliz a mi manera, y si los hechos terminaron como terminaron, no me siento culpable. Entramos en una

confitería ruinoso. Tomó la delantera y se encaminó hacia los *reservados*, lejos de la ventana. El lugar estaba iluminado por tubos fluorescentes y el mantel rojo, cuajado de manchas de orígenes indescifrables, provocaron un lúgubre juego de luces sobre su rostro pálido. Sus ojos brillaban y dos gotas de sudor rodaron por sus sienes cuando brindamos con la cerveza tibia. Debajo del traje llevaba una blusa amarilla pegada al cuerpo. Se desabrochó los botones de la chaqueta. Los pezones oscuros brincaron a través del género cuando me clavó los ojos. Para abreviar y no hacer del relato un escándalo, diré que la miré con una fijeza inquisidora mientras apretaba con la punta de mis dedos el borde de sus senos flácidos. Posiblemente la situación la conmocionó, porque abrió la boca como un pez cuando muerde el anzuelo y deslizó su mano bajo la mesa para acariciar mis muslos. Con mi tono más seductor le dije que jamás había sido tan dichoso. Y lo creyó.

*Quiero decir con esto, que aunque las personas lo oculten están llenas de ilusiones, y que Clarita resucitó con esas mezquinas palabras dichas por conmiseración, como hubiera actuado con un moribundo.*

¡Pues vamos! pensé, aquella pocilga me abría el futuro y adiviné que todo lo bueno que me sucedería de allí en más saldría de esa vieja maldita que me imaginaba distinto al resto de la bosta. De manera que chocamos los vasos y brindamos como si una fuerza suprema nos abriera un camino de oro y... polvo.

Al domingo siguiente me intimó que la acompañara a Luján. Entre balbuceos me confesó que había hecho una promesa a la virgen para ver cumplidos sus deseos. Quería agradecer el milagro hecho realidad.

Subimos a un colectivo que partió de la calle Lima con más de cincuenta devotos que cargaban culpas, penas y arrepentimientos. Me tumbé contra la ventanilla y me dormí. Durante todo el trayecto sentí su mano sobre mi rostro primero, y luego sobre mi entrepierna. Mi cuerpo comenzó a alivianarse, con la ventaja que el humor melancólico y taciturno de la vieja trasmutó en júbilo y eso conllevó a un éxtasis imposible de describir. No voy a contar los pormenores del viaje de regreso, pero la pasé bien, por supuesto siempre con los ojos cerrados.

Por un tiempo me encontré a gusto detrás del mostrador del hotelucho, dando órdenes a Clarita que cumplía sin chistar. Los pensionistas estaban impresionados porque la comida mejoró ostensiblemente, tanto que hasta comenzaron a concurrir clientes de afuera. La vieja pasaba todo el día encerrada en la cocina, entonces le sugerí contratar una mucama para que le diera una mano con la loza y las cacerolas. Primero se opuso terminante aludiendo que no habíamos recuperado la inversión de la heladera; más al notar que sus fuerzas flaqueaban, (pues en cuanto se sentaba quedaba cabeceando en la silla) claudicó.

Allí arrancó el verdadero drama. Cuando entró en escena Dolores, Lola, Lolita... tres en una. Veinte años, pelo renegrado, un culo redondo como un balón de fútbol y unos pechos que hacían lo imposible por explotar fuera de la blusa. Efectivamente la chica era un camión, y además una turríta. Enseguida hizo lo imposible por conquistarnos a los dos de diferentes maneras fingiendo desconocer qué tipo de sociedad nos unía. Es justo decir que la vieja era bastante cándida pues pocas veces había vivido experiencias excitantes, excepto: la boda de su hermana Carmen, única de las ocho que logró

conseguir marido; un viaje que realizó en tren para asistir al funeral de su madre y cuando ganó el bingo en la bola treinta y nueve. Por lo tanto, y para que no vayan a creer que además fui un canalla, tuve cuidado en que no notara, que entre Lola y yo se había desencadenado un furioso romance de verano.

Aprovechábamos las dos horas que la veterana dormía la siesta para escaparnos al altillo a hacer el amor entre trastos viejos y telas de arañas. Al principio Lola se resistió, más que nada para actuar un papel de casta que otra cosa. Luego le gustó, porque la perra permitía que le arrancara el vestido como si la desollara. Nos arrojábamos sobre un colchón reventado, por cuyos agujeros brotaban puñados de lana mugrienta que salían expelidos como gusanos huyendo en estampida al ritmo de aquel sexo caníbal. Todo anduvo bien por un tiempo, porque la amenacé con matarla si contaba algo a la vieja.

Clarita por su parte, estaba tan cansada que se conformaba con mirar televisión, beber anís y tomar mi mano mientras veíamos aburridos programas de preguntas y respuestas.

Hasta que sucedió lo previsible. La atarrantita anunció a los cuatro vientos que estaba preñada. La vieja puso el grito en el cielo y el ojo sobre mí. Gracias a mi verbosidad natural le hice notar, las reiteradas visitas del lechero al hotel, las de Lolita a la verdulería, y con qué mirada lasciva la cretina desnudaba al vigilante de la esquina. Esos argumentos la tranquilizaron. Hasta que las sorprendí cuchicheando en la cocina.

*Eso me dio mala espina, entonces me adelanté a los hechos.*

Esa misma noche le comuniqué con tono amargo: —*Si no creés en mí, me voy ya mismo. Quedate con el hotel, los inquilinos, las ganancias... ¡Quedate con todo!*

En una actuación magistral sostuve indignado el gran dolor que me provocaba que no apreciara mi cariño. El rostro de Clarita tomó un tinte verde azulado. Parecía un cadáver. Las arrugas de la cara se hundieron en varios sitios y los globos oculares ocuparon las dos terceras partes de su cara. El grano grasiento de la barbilla tembló cuando empezó a sollozar y a suplicar que me quedara.

Cuando se tranquilizó corrí a la habitación de Lola y bajo presión y a punta de cuchillo, la persuadí para que mintiera si no quería acabar pudriéndose en una zanja. A la mañana siguiente aseguró que el padre del crío que llevaba en sus entrañas era su primo Miguel, uno que vivía en González Catan, a quien visitaba los domingos.

A nadie le cupo la menor duda de quién era el verdadero responsable, cuando nació el niño con unos rasgos faciales repulsivos como los míos. En defensa propia afirmé que eso ocurre cuando se cruzan genes entre familiares, deducción con la que coincidieron todos, menos la madre, que jamás me perdonó no reconocer a mi hijo: — *Mirá, después de todo, Pérez se apellida cualquiera, no es nada del otro mundo ¡Hay miles en la guía telefónica! ¡Basta con que lleve el tuyo!* —le dije para terminar con el incidente.

Así continuaron las cosas. La ramera actuaba deprimida y no prestaba atención al pequeño, que no hacía más que llorar reclamando comida. Sugestivamente, a Clara le brotó un sentimiento maternal absurdo, y como loba en celo, comenzó a vigilar a Panchito noche y día.

Lola reacia, se hacía la ofendida y no permitía que le pusiera un dedo encima. Pero una vez superada la etapa del puerperio, una nueva andanada de pasiones le volvieron a enturbiar la mirada.

Clarita pareció recibir una inyección de hormonas y de buenas a primeras donó su guardarropa al Ejército de Salvación y apareció cargando una bolsa repleta de ropa colorinche y una mirada plena de lujuria.

En ese punto se complicó mi vida, ya que ambas comenzaron a demandar una cantidad equis de ejercicios sexuales para los que mi físico no estaba preparado.

Tiempo después, Lola empezó a desaparecer justo cuando el carnicero cerraba la carnicería. Me sentía un desgraciado añorando el trasero redondo de la chica, sobre todo cuando la vieja me acosaba exigiendo que besara las peras lánguidas que le colgaban del torso.

Una noche le dije si no tenía otra cosa mejor de qué ocuparse. Me respondió que ignorar su pasión no me haría la vida más fácil. Me sentí una víctima amedrentada por su fría mirada y su lengua de iguana. Sólo le importaba que me sojuzgara a sus caprichos, como un muñeco de trapo. Me mantuve firme a pesar que me azuzó con más mordacidad que nunca.

*Una nube negra y afilada cortó el cielo y sospeché, que la vida de un hombre es un sórdido cuaderno borrador, puñados de alegrías que caben en una sola mano.*

Entonces tomé la decisión de eliminarla de mi vida. “*No merece vivir*” me dije pensando en Panchito, a quien Clara había transformado en un niño raro que sonreía con una serie de muecas anormales. Cuando me miraba, (con sus ojitos de carnero degollado) parecía adivinar que era su padre.

*Lo bueno es que a uno, según se mire, siempre se le están ocurriendo nuevas formas de encarar esta vida sórdida e injusta.*

La vieja, como todas las mujeres, era un pozo de maldad. *Lo único que deseaba era que no me molestara.*

Una noche, tarde, apareció envuelta en la frazada como si el tiempo hubiera retrocedido... La odié por segunda o tercera vez. Del labio le colgaba un cigarrillo y me encaró guapeando. El niño lloraba a grito pelado.

En ese momento, (ni antes ni después) decidí matarla: —*Te aborrezco desde el primer día.* —le dije.

Creo que esas fueron las últimas palabras que oyó, porque mientras las decía, apreté y apreté su cuello hasta que largó la última bocanada de odio. Al mismo tiempo que hundía mis dedos en su gozne, me cubrió una fatiga innombrable. Tuve la certeza que todo había sido inútil.

Maquinalmente continué haciendo fuerza, mientras veía cómo se hundían las arrugas de su boca y cómo las tragaba la dentadura postiza. Un surco oscuro le enterró la frente desde el ceño hasta la raíz del pelo, y toda su desolación cayó remachada en el fondo de su garganta. La miré cuando dejó de respirar. Su rostro parecía el de un perro atropellado en la ruta. Vacilé un instante, sólo un instante, cuando pensé en Lolita, y también le deseé lo peor.

Aparté de mí su cuerpo que tenía todas las señales de la muerte mala y me senté en una silla de paja. Respiré hondo para vomitar mi propia muerte.

Escuché los chillidos de Panchito y vi sus deditos aferrados a los barrotes de la cuna.

*Por primera vez un ser humano, de verdad me necesitaba. Un ramalazo de frío me sacudió de atrás y un calor de sollozo me secó la boca.*

Lo abracé y le pedí perdón con mis mejores palabras. Él me miró con la cara llena de lágrimas y mocos. La llovizna resbalaba por los vidrios de la ventana.

*Mi cuerpo tembló como tiemblan las hojas cuando pasa el viento.*

—No tengas miedo. —le susurré al oído. Tenía la mirada como estrellas fugaces. Apenas movió los labios como dos tablitas cuando le fracturé el cuello y aullé, pidiendo clemencia.

La cocina olía a humedades, a trastos sucios, a sobras de comida.

*“Todo está como al principio”.*

Cerré la puerta del Hotel La Victoria tras de mí. Los transeúntes se detuvieron a mirarme pasar. Creo que mis pasos se hundieron en la vereda.

*No pretendo que comprendan cabalmente lo que hice. Con que sólo hagan un pequeño esfuerzo, sentiré que me han absuelto.   **CLEOPATRA***